

ÁNGELES OCULTOS

Eduardo Enriquez Aramayo
Universidad Adventista de Bolivia

Era una de esas mañanas frías y húmedas del invierno paulistano, estaba realmente enfadado, mi reloj pulsera parecía correr más rápido que lo habitual y el bus que me conducía al hospital no aparecía nunca. ¡Si no fuera miércoles!, normalmente llegar unos minutos atrasado no habría significado mayor problema, pero hoy teníamos esas terribles reuniones clínicas en las que se discutían los casos de esos pacientes que presentaban cuadros de difícil manejo; nuestro Jefe de Clínica era particularmente quisquilloso con eso de la puntualidad, y dependiendo de cómo se sintiera, solía ser muy agresivo con los residentes atrasados, con frecuencia, se comportaba irónico y hacía comentarios jocosos sobre el atrasado, para solaz de los otros residentes siempre dispuestos a hacer mofa de sus compañeros.

Especialmente de los que, como yo, eran del sufrido grupo de los R1 (residente inicial).

Dieron las 12:30 y se dio por terminada la reunión, siempre me sorprendía de seguir vivo después de esas terribles reuniones donde, por alguna razón que nunca sabré, te pedían datos impensables sobre los pacientes a tu cuidado y donde, invariablemente, te caía una monserga del jefe que afirmaba que un R1 debe saber hasta con qué se soñó su paciente esa noche y cosas por el estilo. Como fuere, había sobrevivido una vez más a la “reunión clínica de los miércoles”; tenía hambre y me fui a comer en una pequeña fonda cercana; satisfecha mi necesidad de comer me dirigí de prisa al pabellón donde se

encontraba el nuevo paciente que me habían asignado; había que iniciar cuanto antes su historia clínica, hacer las órdenes de los exámenes de rutina, en fin, todo ese mundo de cosas que eran de rigor en los pacientes recién ingresados, estaba lejos de imaginar que ese día iniciaría una aventura fascinante, pero así fue. Jair Soares, de aspecto atlético, un joven mulato de agradables facciones, 32 años, causa de internación del reporte de Emergencias: Lesión medular por arma de fuego.

Cuando lo ubiqué, lucía asustado, miraba en todas direcciones con incredulidad, como si estuviese viendo su propia pesadilla en tres dimensiones, ensayé una amable presentación, pero él estaba encerrado en sus pensamientos y me ignoró; tuve que tomar un tiempo extra y esperar a que se dignara atenderme, fue una hazaña completar los datos que requerían su respuesta; finalmente, completé mi trabajo; al día siguiente debía presentar su caso en la visita matutina y no

quería ni imaginar lo que me esperaba si habían lagunas en la información clínica de presentación.

Al tercer día de su internación, Jair fue operado para estabilizar su columna; se comprobó in situ la magnitud de la lesión medular; quedaría parapléjico por el resto de su vida, por el nivel de la lesión tendría apenas un aceptable control de tronco, pero no podría controlar sus esfínteres ni caminar.

Cuando fue devuelto de quirófano, me llamó la atención no encontrar a nadie esperando por él, como normalmente ocurre con los pacientes; es posible que vengan a verlo más tarde, pensé, debo seguir con mis tareas con los otros pacientes, tiempo es lo que menos sobra en un hospital. Tres días después encontré junto a Jair a un hombre mayor, aparentemente discutía con él, me acerqué molesto para

comunicarle al visitante que no podía excitar así a mi paciente y le pedí que abandonara la sala. El hombre me miró asombrado, en sus ojos no había enojo sino una profunda tristeza, perdón, dijo, yo lo crie, no soy su padre, pero él es mi hijo porque lo crie de pequeño, siempre fue tan rebelde, no puedo creer lo que le pasó. Dígame doctor, dijo con ansiedad, ¿en cuánto tiempo será dado de alta?, yo lo llevaré conmigo de nueva cuenta. No lo sé, le contesté, creo que eso llevará un buen tiempo aún; su rostro se puso más sombrío, hizo un gesto de saludo y se alejó lentamente, caminaba despacio, encorvado, como quien transporta una pesada carga.

Había pasado un mes desde que Jair se enteró de su verdadera situación y ya era famoso en todo el piso por su mal carácter, era agresivo y grosero con las enfermeras que lo asistían y por ello lo hacían a regañadientes; incluso era atrevido y sarcástico con los médicos que por una u otra razón tenían que atenderlo; la

verdad, nadie lo quería porque era como una fiera herida, siempre a la defensiva. Todos sabíamos que las personas que toman conciencia de haber quedado “paralíticas” reaccionan de esa manera, pero Jair era una expresión superlativa de esa reacción.

Por ser el residente responsable de él, yo era el mejor blanco que tenía para descargar la furia que sentía por lo que le había pasado; se negaba a colaborar con los esfuerzos que todos hacíamos para mejorar su situación; por esa razón hizo cuantas complicaciones hacen los parapléjicos. ¡Cuántas regañizas de mis jefes tuve que tragarme por su culpa! Como parte de mis deberes, curaba sus heridas, lo llevaba al salón de fisioterapia para lesionados medulares, intercedía por él ante las y los fisioterapeutas que terminaban enojados por sus groserías. Si le pedía que hiciera algún tipo de ejercicio de manera individual, en su lecho, como mejorar al

máximo la fuerza de sus brazos me gritaba en la cara, ¿y eso me va hacer caminar doctorcito?, lo decía muy despectivamente, esforzándose en hacerme sentir mal, peleamos mil veces y nos abuenamos otras mil, al fin y al cabo, la fatalidad había hecho que estemos juntos, nos guste o no, en esta fracción temporal de nuestras vidas.

Era una joven morena y muy bonita, dijo llamarse María Aparecida y que estaba buscando a un tal Jair Soares, sonreí para mis adentros, María Aparecida, era un nombre muy común, de hecho, pensaba que la mitad de las mujeres que venían a consultar en la Santa Casa se llamaban María Aparecida. ¡Al fin una visita para Jair, pensé con alegría!, la llevé con él y lo que pasó en cuanto él la vio me dejó paralizado, Jair con el rostro demudado por la ira le grito mil imprecaciones groseras imposibles de ser reproducidas; hizo tanto escándalo que uno de sus compañeros de sala le ordenó que se callara. Era otro

parapléjico que estaba aburrido de los exabruptos de Jair; cállate ya, decía a gritos... si no te callas ahora, yo mismo te voy a callar con estas manos, acompañaba sus amenazas con tantas groserías como las que usaba Jair en sus imprecaciones. Jair conocía ese lenguaje, le lanzó, a su vez, algunos juramentos y amenazas y calló.

Contra todo lo esperado, la mujer no solo no huyó desfavorida, sino que quedó cabizbaja en el pretil de la puerta y estuvo un buen rato sin osar dirigirle la palabra. Al salir por los pasillos sentí la necesidad de disculparme, ¿por qué yo?, pensaba mientras lo hacía, ¿acaso fui yo quien la ofendió?, María Aparecida agradeció mi gesto y casi como una gratificación, me contó la verdadera historia de los acontecimientos que terminaron en la tragedia que estaba viviendo Jair. Él era un gigoló, por decir lo menos, que cuidaba y protegía a un grupo

de 10 prostitutas, entre las cuales estaba ella; ellas pagaban generosamente su protección porque sabían que era imprescindible en el medio, eran frecuentes las reyertas y peleas entre los distintos grupos de mujeres y aún dentro de un mismo grupo; ellos, los protectores, mediaban siempre en los pleitos y con frecuencia terminaban involucrándose en las peleas.

La noche de la tragedia, dos mujeres de grupos rivales se habían enfrascado en una agria discusión, la gresca fue subiendo de tono hasta que una de ellas hirió con una navaja el rostro de la otra, el protector de la afectada propinó una fuerte bofetada a la agresora y la derribó al suelo, Jair, cumpliendo su papel de protector, contestó con un tremendo puñetazo al primero, que rodó por el suelo; el hombre caído y humillado lanzó imprecaciones y en un instante desenfundó un revolver y disparó contra Jair que cayó malherido al piso. Confusión, gritos y pedidos

de auxilio, pero, como siempre, al oír el ulular de la policía se producía el desbande general. Era una regla, debían huir antes que llegara la policía y por supuesto, si llegaban a agarrar a alguna, ésta no había visto nada; jamás veían nada, al ser interrogadas sobre este tipo de sucesos fingían asombro y desconocimiento absoluto de lo acontecido.

Cuando las mujeres de Jair se enteraron que éste había quedado parálítico buscaron de inmediato otro protector y olvidaron el asunto, nunca, ni una sola vez habían acudido a visitarlo, no era conveniente y no sería bien visto por el nuevo protector. Así pues, Jair se sintió abandonado por aquellas a quienes protegía y a causa de quienes estaba como estaba.

Evidentemente, María Aparecida exhibía una conducta inusual, pese a los desaires continuos de Jair, ella

acudía regularmente al hospital y, como siempre, permanecía largo tiempo en silencio junto a Jair, aun cuando éste la ignoraba; sin embargo, pude percibir algo importante, ella se situaba cada vez más cerca de Jair y habían ocasiones en las que éste se dignaba dirigirle la palabra; cuando ocurría esto, María Aparecida invariablemente mostraba gran alegría; lo cierto es que todos notamos que las visitas de María Aparecida estaban obrando en Jair un notorio efecto positivo, estaba menos agresivo y hasta más dispuesto a colaborar con su tratamiento.

La vida de los hospitales transcurre en un equilibrio entre novedades y rutinas; al cabo de siete meses nos acostumbramos a ver a María Aparecida y Jair juntos, a veces platicando, a veces en silencio; María Aparecida era una alegre constante en nuestras jornadas de hospital. Todos estábamos agradecidos con ella, pues, gracias a su constancia, estaba cambiando la actitud de Jair, eso

hacía una gran diferencia en nuestro trabajo, lo hacía más humano, le daba más sentido. Una tarde, al dejar el Hospital, entré a la pequeña fonda donde solía tomar mis alimentos, iba a tomar café cuando acerté a ver a María Aparecida que estaba haciendo lo mismo antes de emprender el retorno a su casa; pedí permiso para sentarme a su lado y platicando, le confesé lo mucho que admiraba su afecto por Jair, siendo como era, una persona tan solitaria. Es que lo amo, dijo tranquilamente, casi como hablando consigo misma, lo amé desde que lo conocí, aun cuando él no parecía darse cuenta; nadie sintió, como yo, la desgracia que destrozó su vida; yo quedé devastada con lo acontecido aquella noche fatal, y si tardé en venir a verle fue porque tenía miedo de ver la realidad, de que fuera cierto lo poco que sabía de él.

¿Cómo hiciste para lograr que finalmente te aceptará?,

inquirí con gran curiosidad. Una tarde, me dijo, Jair me hizo una extraña pregunta, sin mirarme, como que mi respuesta no le importaba, me preguntó quién era mi nuevo protector, ¿lo conozco, me dijo? No tengo protector, le contesté, regresé con mi madre y trabajo ayudándole en su pequeño negocio, no sabe que vengo a verte, inventé un curso de costura de una institución de beneficencia para poder salir de casa y venir a tu lado. Jair no dijo nada y quedamos en silencio el resto del tiempo; María Aparecida me confesó que después de esa declaración algo pasó en el corazón de Jair, tal vez se sintió amado por primera vez, o quizás los muros de su soledad se resquebrajaron y le permitieron ver un mundo más amigable.

Era el 22 de junio de 1980, había transcurrido más de un año desde su internación. Ese día, durante la visita, Jair Soares había sido dado de alta. Para entonces, yo ya era R2 y otro R1 lo atendía; yo sonreía cuando el joven decía

entusiasmado que Jair era una persona increíble por su deseo de superar todas sus dificultades.

Pasado el mediodía, fui a despedirme de Jair. María Aparecida estaba ayudándole a empacar sus cosas y estaba también el anciano que dijo ser padre adoptivo de Jair. Abracé a Jair efusivamente, él estaba sentado en su silla de ruedas, esa en la que había aprendido a hacer verdaderas proezas; el anciano, a quien no había vuelto a ver, me comentó que visitaba a Jair algunos domingos de tarde y esa era la razón de no habernos visto más. Estaba muy agradecido y admirado por los logros de su hijo. En cierto momento, María Aparecida bajó la voz y me confió que tenían planes muy serios de casarse y que estaban trabajando en eso, se veía feliz y radiante. Finalmente se marcharon.

Dos horas más tarde acerté a pasar por el pabellón, su lecho

aún no había sido ocupado y no pude evitar el sentir un vacío en el corazón, extrañaba a Jair, era un amigo no declarado, hasta un confidente de mis propias penurias...

Mi vida de residente seguía con esa nube de tareas y su carga de presión y estrés, pero yo vivía en medio de esa esfera mágica del milagro del amor, estaba convencido, el amor llega más allá de la ciencia, más allá de toda tecnología, más allá de toda previsión, no lo olvidaría nunca más.

Esta historia está basada en un caso real de un paciente atendido en el pabellón “FERNANDINHO SIMONSEN” de la Hermandad de la Santa Casa de Misericordia, 1979, San Pablo, Brasil.